

Estudio Bíblico Dominical
Un apoyo para hacer la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
6to del Tiempo Ordinario – 12 Febrero de 2006

EL PRIMER MISIONERO DE JESÚS: La curación de un leproso Marcos 1, 40-45

*“Todo cuanto nos aleja de Dios y de los hermanos
nos pone en condición de marginados
aunque físicamente estemos presentes”*
(Álvaro Torres)



“Quiero, queda limpio”

“Hoy, Señor, vengo ante ti
para alabarte.
Hoy, Señor Jesús, con tu poder
puedes cambiarme.
Sáname, Señor, hoy quiero vivir,
dame de tu amor,
sin ti no puedo ser feliz.
Sáname, Señor, líbrame del mal,
toca el corazón para alcanzar la santidad”
(Canto litúrgico)

Introducción

El relato que leemos en este domingo, el último de la serie de milagros inaugurales, presenta a Jesús en el máximo de su reconocimiento en Galilea: “*Acudían a él de todas partes*” (1,45).

Precisamente uno que viene donde Jesús, acercándose de forma imprudente, es un leproso. El relato está lleno de emociones, construido a partir de movimientos, con fuertes contraposiciones coloreadas con ricas evocaciones simbólicas. La emoción se siente de comienzo a fin.

El relato se va moviendo pausada y gradualmente hacia el momento cumbre en el que aquel había sido marginado convoca, con el testimonio de su curación, la Galilea entera ante el Maestro Jesús.

La obra de Jesús es insuperable: sea por la grandeza de la obra que realiza como por la multitud de personas que atrae. El Hijo de Dios supera a los grandes hombres de Dios que conocíamos en el Antiguo Testamento.

1. El texto y su estructura

Leamos Marcos 1,40-45:

⁴⁰*Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice:*

«Si quieres, puedes limpiarme.»

⁴¹*Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo:*

«Quiero; queda limpio.»

⁴²*Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio.*

⁴³*Le despidió al instante prohibiéndole severamente:*

⁴⁴*«Mira, no digas nada a nadie,*

sino vete, muéstrate al sacerdote

y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés

para que les sirva de testimonio.»

⁴⁵*Pero él, así que se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios.*

Y acudían a él de todas partes”

(1) Encuentro entre Jesús y el leproso (1,40a)

(2) Curación del leproso (1,40b-42)

Solicitud de la curación (1,40b)

Curación (1,41)

Constatación de la curación (1,42)

(3) Envío del hombre sanado (1,43-44)

(4) El hombre sanado pregonar la curación: el primer misionero de Jesús (1,45)

El relato se mueve dentro que un arco que presenta en las puntas –al comienzo y al final- la aproximación de personas a Jesús: al principio el leproso y al final la multitud son presentados como los que “*vienen*” (verbo griego *érjomai*) “*donde ÉL*”.

Llama la atención primera vista:

- Jesús aparece en comunión con la Ley de Moisés –manda al leproso a presentarse a los sacerdotes en el v.44- pero también en contraposición a ella –se hace impuro al tocar al leproso en el v.41-.
- Ni el leproso hace lo normal, que es alejarse gritando “impuro”, “impuro, “impuro”; ni tampoco Jesús lo hace: lo toca. Dos acciones prohibidas.

Entremos en este pasaje sorprendente, al hilo de los pasos del relato.

1. Encuentro entre Jesús y el leproso (1,40a)

“Se le acerca un leproso...”

No sabemos donde ni cuando sucede este episodio del evangelio. Marcos va al grano: un leproso “*viene donde ÉL*” (=Jesús).

Del fondo de un escenario impreciso emerge el hombre necesitado, es llamado “*un leproso*”.

Para nosotros los lectores se abre entonces otro escenario, cuyo trasfondo en los relatos bíblicos del Antiguo Testamento, nos permite captar la gravedad de la situación: un leproso es una persona triplemente marginada.

- Con relación a Dios

El leproso considerado “impuro”, o sea, lejos de la comunión con Dios, así lo señala la normativa del libro del Levítico (ver abajo las anotaciones a la primera lectura). La causa: la enfermedad era considerada un castigo de Dios. El relato de Marcos parece insinuar que la lepra es un flagelo demoníaco (notemos que Jesús actúa como en un exorcismo: 1,42).

- Con relación al pueblo

Por la misma razón anterior, el leproso era apartado de su comunidad de Israel. Siempre debía mantenerse lejos de la gente; si bien sabemos que esto no se aplicaba estrictamente sino para la entrada a la ciudad de Jerusalén.

Al leproso se le acababan todas las antiguas relaciones: para su familia, sus amigos y sus conocidos, era una persona muerta. Se le tenía asco. Cuando se aproximaba a un lugar habitado tenía que advertir su presencia con una campanita y decir que era leproso. ¡Qué humillación!

- Con relación a sí mismo

La autoestima de un leproso debía ser baja: no sólo soporta grandes dolores sino que nota cómo va perdiendo su integridad física, su belleza. Siente su mal olor sin poder hacer nada. No sólo los otros tienen repugnancia de él, sino también él de de sí mismo.

El dolor de una persona así no puede ser mayor: el rechazo social, el que se considere que ni siquiera Dios lo ama, el asistir conscientemente a la putrefacción de su cuerpo.

Pues bien, él “*viene*” donde Jesús. De esta forma rompe las reglas sociales y religiosas: un leproso no debe acercarse a una persona sana sino gritarle desde lejos (ver Levítico 13,45-46).

Ya podemos comprender quién es el que “*viene*” donde Jesús:

- (1) Un hombre que se presenta ante Jesús con una situación humanamente incurable.
- (2) Un hombre valiente –o quizás atrevido- que rompe las reglas poniendo en peligro de exclusión social y religiosa a Jesús.
- (3) Un hombre que comprende lo que le ofrece la Buena Nueva de Jesús: el poder de Dios puede sanarlo.

2. Curación del leproso (1,40b-42)

Las primeras palabras del relato nos han introducido en el contexto del episodio, entremos ahora a considerar la acción.

2.1. La solicitud de la sanación (1,40b)

“...Suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: ‘Si quieres, puedes limpiarme’”

La súplica del leproso representa un desafío para Jesús y al mismo tiempo muestra qué idea tiene del precedente actuar del Maestro y qué expectativas le ha suscitado.

La manera como el leproso implora su sanación contiene todos los elementos de una oración propiamente dicha. Lo hace en forma gestual y en forma verbal, pero expresando en el fondo una gran convicción.

- (1) El gesto: “***Puesto de rodillas***”

El gesto es de profunda reverencia.

Así también ora Jairo, el jefe de la sinagoga y padre afligido de la niña que será resucitada (ver 5,22), e igualmente la anónima y angustiada madre en Tiro (7,25).

- (2) Las palabras: “***Le dice...***”

Con las palabras expresa confianza.

El leproso usa dos verbos con los cuales apela a:

- El libre querer, la voluntad, el deseo de Jesús: “Querer”, “*Si tú quieres...*”.
- El poder de Jesús, el reconocimiento de su capacidad: “Poder”, “*Tú puedes...*”.

(3) La convicción profunda que habita esta oración

En otras palabras, el orante reconoce que es suficiente que Jesús quiera para que suceda algo que parece imposible, la curación más difícil que es casi como la resurrección de un muerto. Ya Job (18,13) había dicho que la lepra era “*el primogénito de la muerte*”. No menos terribles habían sido las palabras de Aarón cuando la lepra de su hermana María: “*No sea ella como quien nace muerto del seno de su madre, con la carne medio consumida*” (Números 12,12).

En el fondo subyace la confesión de fe bíblica que proclama el poder absoluto de Dios: “*Todo es posible para Dios*” (10,27). De la misma forma orará Jesús en el Getsemaní: “*Todo es posible para ti*” (14,36^a); y luego se abandonará filialmente en el “querer” del Padre: “*Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*” (14,36b). Uno no puede dejar de ver en esta ocasión cómo la expresión que decimos con frecuencia, “Si Dios quiere”, tiene un profundo sentido.

¿Sobre qué recaen las acciones pedidas a Jesús?

Anteriormente en la sinagoga, Jesús había mostrado el poder de su palabra (ver 1,25.27). Ahora se suplica que lo vuelva a hacer en un acto de purificación: “*Puedes limpiarme*”. A diferencia de los sacerdotes del Templo, quienes declaraban cuándo una persona ya estaba limpia, lo que se le pide a Jesús es la limpieza-curación misma.

Veamos cómo Jesús confirma su poder divino –en calidad de portador del Espíritu e Hijo del Padre (ver 1,10-11) anunciador del Reino (ver 1,15)- con la declaración explícita de su voluntad y la potencia de su palabra.

2.2. La curación (1,41)

“*Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo: ‘Quiero; queda limpio’*”

El “*Quiero*” está ambientado desde un gesto que proviene de un sentimiento, de la profunda sintonía entre el sanador y el sanado.

Algunos textos antiguos colocan aquí “*Airado*”, indicando, de esta forma, el combate con furia por parte de Jesús con la terrible enfermedad. La traducción que seguimos opta por “*Compadecido de él*”, indicando más bien que el impulso que parte del interior de Jesús es más bien de misericordia, gracias a una captación honda y a una apropiación personal de la dura situación del enfermo.

Jesús no se contenta con mirar desde lejos la miseria del leproso sino que se identifica con su realidad y la carga sobre sus hombros a la manera del siervo sufriente de Isaías 53,11 (ver las reflexiones de Pablo al respecto en 2 Corintios 5,21 y Gálatas 3,13).

Ahora bien, notamos en la sanación una entrega total de Jesús mediante un movimiento que se desencadena en lo profundo y se exterioriza en la mano que se extiende hasta alcanzar el contacto físico con el hombre llagado y marginado. Finalmente, lo gestual se vuelve verbal: el poder de la Palabra.

(1) Los gestos: “*Extendió la mano... le tocó*”

Vemos los dos pasos de una imposición de manos, lo cual es una forma de transmitir la potencia, pero sobre todo de expresar gestualmente la voluntad.

Hay un trasfondo bíblico. En el Antiguo Testamento, Dios se manifestaba “con brazo extendido” que realizaba prodigios: “*Os salvaré con brazo extendido*” (Éxodo 6,5; ver 15,16 y también el poder de Dios por medio de los gestos de Moisés en 4,4; 7,19; 8,1; 9,22; 14,16,21,26).

La mano se extiende para tocar. Para Marcos el contacto físico es importante (ver 3,10; 5,27.28.31; 6,56; 7,33; 8,22; 10,13), es una forma de comunicación honda que vehicula algo de sí mismo.

No puede dejar de verse aquí un gesto de valoración y de acogida del hombre rechazado. “Uno toca a quien ama” (Mons. Oscar Urbina). No es solamente una cuestión de curación física.

(2) Las palabras: “*Quiero, queda limpio*”

Las palabras verbalizan lo ya dicho con el gesto.

Es notable cómo los verbos de la orden de Jesús corresponden puntualmente con los de la petición del leproso. Jesús confirma la idea que el enfermo tiene de él: ¡actúa con el poder de Dios!

2.3. La constatación de la curación (1,42)

“*Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio*”

La curación es “*al instante*”. Jesús actúa como Dios: basta que quiera una cosa para que ella suceda enseguida.

Veamos el hecho. El tema de la purificación aparece por tercera vez consecutiva: “*Puedes limpiarte*” (1,40), “*Queda limpio*” (1,41) y “*Quedó limpio*” (1,42). Esta secuencia de

voces (del enfermo, de Jesús y del narrador que hace las veces de observador externo) muestra linealmente cómo la oración ha sido atendida.

Marcos nos invita a apreciar el valor de lo ocurrido: el querer de Jesús tiene un poder inmenso. ¿Qué otra podríamos lograr los hombres con nuestra simple voluntad al enfrentar las enfermedades?

Jesús actúa como Dios: basta que quiera una cosa para que ella suceda. El leproso es curado al instante de la enfermedad.

3. Envío del hombre sanado (1,43-44)

“Le despidió al instante prohibiéndole severamente:

*‘Mira, no digas nada a nadie,
sino vete, muéstrate al sacerdote
y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés
para que les sirva de testimonio’”.*

Enseguida viene una nueva orden, no para la enfermedad sino para el hombre que estrena nueva vida. Tiene dos componentes:

(1) Uno negativo: lo que no debe hacer, esto es, guardar el secreto de lo sucedido. La finalidad es evitar la publicidad y el boato populachero que expone a Jesús a la manipulación de quienes buscan su poder sin comprender cuál es su profunda identidad mesiánica, o sea, sin dejarlo revelarse y cumplir a cabalidad la misión para la cual vino (esto es el “secreto mesiánico”).

(2) Uno positivo: lo que sí debe hacer, que es proceder como manda la Ley de Moisés al respecto, pero no como simple cumplimiento de una normativa sino *“para que le sirva de testimonio”*: no una acusación sino como demostración y anuncio concreto del acontecer del Reino de Dios.

Las palabras de Jesús atribuyen la “limpieza” (o purificación) del leproso a la obra de Dios y lo reintegran a su comunidad de vida y de culto, a la asamblea del Pueblo de Dios, con todos sus derechos y deberes.

4. El hombre sanado pregonar la curación: el primer misionero de Jesús (1,45)

*⁴⁵Pero él, así que se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios.
Y acudían a él de todas partes”*

El pasaje termina de forma inesperada. El hombre sanado no acepta restricciones y desobedece la orden de Jesús: *“Divulga la noticia”*. El mandato dado *“severamente”* no

consigue reprimir el “*entusiasmo*” de esta persona. Puede decirse que Jesús puede controlar la enfermedad pero no el corazón del hombre.

El efecto se hace notar enseguida. Es doble:

(1) Ahora el marginado es Jesús

Jesús debe quedarse fuera de los centros urbanos, “*en lugares solitarios*”. Esto puede entenderse de dos maneras:

- Ahora es él quien está en la situación del leproso: éste sería el doloroso costo del servicio.
- Jesús quiere mantener el propósito del secreto que había pedido: no quiere populismo.

(2) La evangelización del (ex)leproso es eficaz

La predicación del (ex)leproso es testimonial y consigue atraer ríos de gente hacia la persona de Jesús.

La forma verbal de la frase “*acudían (venían) a él de todas partes*”, genera un efecto: una acción prolongada y constante de ríos de personas que –como lo hizo inicialmente el leproso– “*viene*” donde Jesús. El progresivo reconocimiento de Jesús por parte del pueblo, en este primer capítulo del Evangelio, llega a su punto culminante.

El punto es que no sólo la fama de Jesús se difunde. Sino que –como una onda expansiva– continúa creciendo la confianza en Él. Esto es lo que logra el primer misionero del Evangelio.

Una inquietud conecta la primera con la última página del Evangelio: si este hombre no fue capaz de quedarse callado cuando Jesús se lo pidió, entonces ¿qué habrá que esperar al final del Evangelio cuando se mande a hablar? (ver: “*Id a decir...*”; 16,7).

El pasaje termina con una especie de aclamación coral, pero sólo con gestos, que proclama la grandeza de Jesús en la sanación realizada. La predicación se vuelve testimonial y no se restringe a un solo aspecto, ni a un solo lugar ni a pocas personas, sino a “*todos*” (ver la última línea del texto). ¡Este es el ideal de la evangelización!

De la experiencia del leproso aprendemos que el Dios de Reino predicado por Jesús es poderoso y que se la juega toda por nosotros. Indudablemente Él es superior a todas las fuerzas y poderes. Ahora bien, cuándo y de qué modo esto suceda, debemos dejarlo determinar por él.

5. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“Señor, si quieres...”

“‘Señor, si quieres, puedes curarme’ (Marcos 1,40). ¡Qué gran prudencia y fe la de este leproso que se acerca a Cristo! No interrumpe su discurso, ni se atraviesa entre la multitud de oyentes, sino que espera el momento oportuno... Y no se lo pide de cualquier manera, sino con mucho fervor, postrándose a sus pies, con fe sincera y con una opinión correcta acerca de Él.

En efecto, no le dice: ‘Si tu le pides a Dios...’; o ‘Si le pidieras...’; sino: ‘Si quieres, puedes curarme’.

No le dice: ‘Señor, ¡cúrame!’; sino que más bien le confía todo a Él y da testimonio así que Él es Señor para curar o no, reconociendo el pleno poder que le asiste.

Y ¿qué dice el Señor para confirmar la opinión de aquellos que contemplaban estupefactos su poder, Él que tantas veces habló con humildad de muchas cosas que no se adecuaban a su gloria? Él dice: ‘Quiero, queda curado’ (Marcos 1,41).

A pesar de haber realizado tantos y tan extraordinarios milagros, no consta que alguna vez haya hablado como lo hizo en esta circunstancia. Aquí, en efecto, para confirmar en el pueblo y en leproso la fe en su poder, dice primero: ‘¡Quiero!’. Y no lo dice sin hacerlo, sino que enseguida de las palabras sucede el hecho”.

(San Juan Crisóstomo, Hom. in Mt. ev., 25, 1)

6. Cultivemos la semilla de la Palabra en la vida

6.1. ¿Qué implicaba ser leproso en los tiempos de Jesús? ¿Quiénes son hoy los leprosos?

6.2. ¿Qué cosas prohibidas hacen tanto el leproso como Jesús?

6.3. ¿Cuáles son las características de la oración del leproso? ¿Qué aprendo para mi vida de oración?

6.4. ¿Cómo cura Jesús al leproso? ¿De dónde parte? ¿Cuáles son los pasos? ¿Qué significado tienen?

6.5. ¿Qué perfil de discípulo y de misionero se deduce en el comportamiento del Leproso? ¿Qué enseñanza sacamos para la misión?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas del Domingo

Sumario: En el Evangelio de hoy, Jesús purifica a un leproso. El libro del Levítico lo contextualiza: nos recuerda la gravedad de esta enfermedad y las consignas que debían observar en los tiempos de Jesús. El Salmo pone en nuestros oídos el grito una persona sufriendo. Le damos gracias a Dios por la salvación que nos concede. Escuchamos igualmente el llamado de atención paulino: **“Todo lo que hagan, háganlo para la gloria de Dios”**.

Primera lectura: Levítico 13,1-2.44-46

El libro del Levítico fue redactado después del exilio. Con todo, la acción aparece situada en tiempos del éxodo, con sus leyes y prescripciones, marcadas por creencias supersticiosas primitivas que provenían de culturas anteriores al pueblo de Israel. Esto explica, entre otras cosas, la preocupación por la pureza en el tiempo posterior al exilio (cuando se reestructura la vida cultural).

La preocupación por la pureza legal (ver Levítico 11-15) no deja de chocar con nuestra mentalidad contemporánea. En el Levítico “puro/impuro” no tiene un sentido ético (=transgresión de la ley moral) sino cultural (=incompatibilidad con el servicio de Dios que es santo=).

Según la tradición sacerdotal, la pureza era condición para poder participar en la vida de la comunidad santa y poder relacionarse con Dios en el Templo (“Ve a mostrarte al sacerdote”).

Para una cultura arcaica, sagrado, puro e impuro, pertenecen a la misma categoría. Con todo, superando el marco mágico, la legislación de Israel lo que busca es inculcar la trascendencia de Dios. Así se comprende la serie de prescripciones que se le imponen a un leproso, como por ejemplo la de “vivir aparte, fuera del campamento”, que es una referencia a la situación de Israel en el desierto.

Detengámonos ahora en el caso de la lepra, que es el pasaje que estamos leyendo.

En la antigüedad, la palabra “lepra” (en hebreo *tsāra‘at*) designaba todo tipo de enfermedades de la piel. Quien daba síntomas sospechosos tenía que mostrárselas a los sacerdotes, quienes decidían sobre la gravedad de la enfermedad.

El leproso era apartado de la vida social, como acabamos de decir. El acceso al Templo le quedaba prohibido. Además, su cuerpo en descomposición provocaba pánico. En pocas palabras, el leproso era considerado como una persona casi muerta. Y peor que esto, se pensaba igualmente que el mal exterior manifestaba un desorden interior que era el pecado.

La lepra era vista como un castigo de Dios. Si la enfermedad sanaba, el enfermo debía presentarse de nuevo ante los sacerdotes, quienes constaban la desaparición de la “lepra”.

Entonces, los sacerdotes ordenaban la reintegración del que había estado enfermo mediante un sacrificio de acción de gracias.

Segunda lectura: 1 Corintios 10,31 - 11,1

Para comprender el texto hay que encuadrarlo en su contexto próximo (lea a partir del v.14). La cuestión era si los cristianos podían o no comer las carnes inmoladas a los ídolos en las comidas con paganas o vendidas en el mercado.

En principio, el cristiano se reconoce libre de esas cosas, él sabe que todo le pertenece al Señor: las divinidades paganas son nada.

Pero junto a este criterio, Pablo inculca otro principio cristiano fundamental: la caridad que obliga a prestar atención al hermano que es “débil”, para no escandalizarlo. De ahí la sentencia lapidaria: “Todo es permitido, pero no todo me conviene. Todo es permitido, pero no todo edifica” (v.23).

Finalmente, Pablo se presenta como modelo.

¿De qué es modelo Pablo? Pablo dice que tomó como modelo a Jesús, de quien aprendió la libertad de los hijos de Dios. Cuando le pide a los corintios que lo imiten, les está diciendo que también sigan a Jesús: escojan su seguimiento, vivan como Él enseñó, sin buscar el propio interés. Ante tanto asunto superficial, sabrán escoger lo esencial, será la caridad la que indicará la ruta.

No hay que dejar pasar la idea final del Apóstol: no busco mi interés, sino el de todos, para que puedan salvarse.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para los animadores de la liturgia dominical

I

Contexto: El tema lepra/pecado y de la curación/salvación integral del hombre como obra mesiánica de Jesús, recorre casi toda la liturgia de este domingo. Hoy sería preferible insistir en la naturaleza y en las consecuencias del pecado (“lepra”), dejando para el próximo domingo el tema de la reconciliación con Dios.

II

Cuídese un poco más el acto penitencial, ojalá prefiriendo en este domingo la 2ª fórmula propuesta en el Misal, o adoptando la tercera fórmula y recitando en el Kyrie tropos breves inspirados en las lecturas. Como prefacio de la Plegaria Eucarística sugerimos el 2ª de los domingos del Tiempo Ordinario (“El misterio de la salvación”).

III

Para los lectores.

Primera lectura: Hay apenas una voz (un solo personaje). Procure reconocer las unidades de sentido y utilice bien las capacidades respiratorias. Atención a la pronunciación: Aarón, erupción, despeinado, embozado...

Segunda lectura: Atención a la enumeración propuesta en el texto. Que se note.

Evangelio: Atención al diálogo y a la narración: tres voces (expresarla con registros fuertes).

(V. P. – F. O.)

Anexo 3

Una invitación a la oración



“Al comienzo”, obra de Zulema Gutman (1937)
Séptima Bienal de Arte Sacro en la Diócesis de Morón (Argentina)

“La fe no me sorprende.
Ella no es sorprendente.
Yo exulto más bien en mi creación.
En el sol y en la luna y en las estrellas.
en todas mis criaturas.
En los astros del firmamento
y en los peces del mar.
En el universo de mis criaturas.
Bajo la faz de la tierra y sobre la faz de las aguas.
En los movimientos de los astros que están en el cielo.
En el viento que sopla en el valle.
En el valle calmo.
En las plantas y en las bestias
y en las bestias de las selvas.
Y en el hombre.
Mi criatura.
En el hombre y en la mujer su compañera.
Y sobre todo en los niños.
Mis criaturas.
En la mirada y en las voces de los niños...
Yo exulto sobre todo en mi creación.
Que para no verme verdaderamente
se necesitaría que estas pobres gentes
fueran ciegas”.

(Charles Péguy, 1873-1914. Escritor francés, autor de “Le porche du mystère de la deuxième vertu”)

SOLICITE ESTE MATERIAL AL : E-mail : lectiodivina@cablenet.co